

---

# La Doncella Maleen

Hermanos Grimm

---

**textos.info**

Biblioteca digital abierta

**Texto núm. 1252**

---

**Título:** La Doncella Maleen

**Autor:** Hermanos Grimm

**Etiquetas:** Cuento infantil

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 30 de agosto de 2016

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

# La Doncella Maleen

Érase una vez un rey, cuyo hijo aspiraba a casarse con la hija de otro poderoso monarca. La doncella se llamaba Maleen y era de maravillosa hermosura. Sin embargo, le fue negada su mano, pues su padre la destinaba a otro pretendiente. Como los dos se amaban de todo corazón y no querían separarse, dijo Maleen a su padre:

— No aceptaré por esposo a nadie sino a él.

Enfurecido el padre, mandó construir una tenebrosa torre, en la que no penetrase un solo rayo de sol ni de luna, y, cuando estuvo terminada, le dijo:

— Te pasarás encerrada aquí siete años; al término de ellos, vendré a ver si se ha quebrado tu terquedad.

Llevaron a la torre comida y bebida para los siete años, y luego fueron conducidas a ella la princesa y su camarera, y amurallaron la entrada, dejándolas aisladas del cielo y la tierra. En plenas tinieblas, no sabían ya cuándo era de día o de noche. El príncipe rodeaba con gran frecuencia la prisión, llamando en alta voz a su amada, pero sus gritos no podían atravesar los espesos muros. ¿Qué otra cosa podían hacer las cuitadas sino quejarse y lamentarse? De este modo fue discurriendo el tiempo, y, por la disminución de sus provisiones, pudieron darse cuenta de que se acercaba el fin de los siete años. Pensaban que había llegado el momento de su liberación; pero no se oía ni un martillazo, ni caía una piedra de los muros; parecía como si su padre la hubiese olvidado. Cuando ya les quedaban poquísimas provisiones y preveían una muerte angustiosa, dijo la doncella Maleen:

— Hemos de hacer un último intento y ver si conseguimos perforar la muralla.

Cogiendo el cuchillo del pan, púsose a hurgar y agujerear el mortero de una piedra, y, cuando se sintió fatigada, relevóla la camarera. Tras

prolongado trabajo lograron sacar una piedra, luego una segunda y una tercera, y, al cabo de tres días, el primer rayo de luz vino a rasgar las tinieblas. Finalmente, la abertura fue lo bastante grande para permitirles asomarse y mirar al exterior. El cielo estaba sereno, y soplaba una fresca y reconfortante brisa; pero, ¡qué triste aparecía todo en derredor! El palacio paterno era un montón de ruinas; la ciudad y los pueblos circundantes, hasta donde alcanzaba la mirada, aparecían incendiados; los campos, asolados, y no se veía un alma viviente. Cuando el boquete fue lo suficientemente ancho para que pudiesen deslizarse por él, saltó, en primer lugar, la camarera, y luego, la princesa Maleen. Pero, ¿adónde ir? El enemigo había destruido todo el reino, expulsado al Rey y pasado a cuchillo a los habitantes. Pusieron en camino en busca de otro país, a la ventura; pero en ninguna parte encontraban refugio ni persona alguna que les diese un pedazo de pan; y, así, su necesidad llegó a tal extremo, que hubieron de calmar el hambre comiendo ortigas. Cuando, al cabo de larga peregrinación, llegaron a otro país, ofrecieron en todas partes sus servicios, pero siempre se vieron rechazadas, sin que nadie se compadeciera de ellas. Al fin llegaron a una gran ciudad, y se dirigieron al palacio real. Tampoco allí las querían, hasta que el cocinero las admitió en la cocina como fregonas.

Y resultó que el hijo del Rey del país donde había ido a parar, era precisamente el enamorado de la doncella Maleen. Su padre le había destinado otra novia, tan fea de cara como perversa de corazón. Estaba fijado el día de la boda, y la prometida había llegado ya. Sabedora, empero, de su extrema fealdad, se mantenía alejada de todo el mundo, encerrada en su aposento, y la doncella Maleen le servía la comida. Al llegar el día en que hubo de presentarse en la iglesia con su novio, avergonzóse de su fealdad y temiendo que, si se exhibía en la calle, la gente se burlaría de ella, dijo a Maleen:

— Te deparo una gran suerte. Me he dislocado un pie y no puedo andar bien por la calle; así, tu te pondrás mis vestidos y ocuparás mi lugar. Jamás pudiste esperar tal honor.

Pero la doncella se negó, diciendo:

— No quiero honores que no me correspondan.

Fue también inútil que le ofreciese dinero; hasta que, al fin, le dijo, iracunda:

— Si no me obedeces, te costará la vida. Sólo he de pronunciar una palabra, y caerá tu cabeza.

Y, así, la princesa no tuvo más remedio que ceder y ponerse los magníficos vestidos y atavíos de la novia.

Al presentarse en el salón real, todos los presentes se asombraron de su hermosura, y el Rey dijo a su hijo:

— Ésta es la prometida que he elegido para ti y que has de llevar a la iglesia.

Sorprendióse el novio, pensando: «Se parece a mi princesa Maleen. Diría que es ella misma. Mas no puede ser. Habrá muerto o continuará encerrada en la torre».

Tomándola de la mano, la condujo a la iglesia y, encontrando en el camino una mata de ortigas, dijo ella:

«Mata de ortigas.  
mata de ortigas pequeñita,  
¿qué haces tan solita?  
Cuántas veces te comí,  
sin cocerte ni salarte,  
¡desdichada de mí!». — ¿Qué dices? —preguntó el príncipe.

— Nada —respondió ella—, sólo pensaba en la doncella Maleen.

Admiróse él al ver que la conocía, pero no replicó. Al subir los peldaños de la iglesia, dijo ella:

«Escalón del templo, no te rompas,  
yo no soy la novia verdadera».

— ¿Qué estás diciendo?— preguntó otra vez el príncipe.

—Nada —respondió la muchacha—; sólo pensaba en la doncella Maleen.

— ¿Acaso conoces a la doncella Maleen?

— No —repuso ella—. ¿Cómo iba a conocerla? Pero he oído hablar de

ella.

Y, al entrar en la iglesia, volvió a decir:

«Puerta del templo, no te quiebres,  
yo no soy la novia verdadera».

— ¿Qué es lo que dices? —inquirió él.

— ¡Ay! —replicó la princesa—. Sólo pensaba en la doncella Maleen.

Entonces el príncipe sacó una joya preciosa, se la puso en el cuello y cerró el broche. Entraron en el templo y, ante el altar, el sacerdote unió sus manos y los casó. Luego, él la acompañó de nuevo a palacio, sin que la novia pronunciase una palabra en todo el camino. Ya de regreso, corrió ella al aposento de la prometida y se quitó los vestidos y preciosos adornos, poniéndose su pobre blusa gris y conservando sólo, alrededor del cuello, la joya que recibiera del príncipe.

Al llegar la noche y, con ella, la hora de ser conducida la novia a la habitación del príncipe, cubrióse el rostro con el velo, para que él no se diera cuenta del engaño. En cuanto se quedaron solos, preguntó el esposo:

— ¿Qué le dijiste a la mata de ortigas que encontramos en el camino?

— ¿Qué mata de ortigas? —replicó ella—. Yo no hablo con ortigas.

— Pues si no lo hiciste, es que no eres la novia verdadera -repuso él.

La prometida procuró salir de apuros diciendo:

«Preguntaré a mi criada,  
que de todo está enterada».

Salió y, encarándose ásperamente con la doncella Maleen, le preguntó:

— Desvergonzada, ¿qué le dijiste a la mata de ortigas?

— Sólo le dije:

«Mata de ortigas,  
mata de ortigas pequeñita,  
¿qué haces tan solita?»

Cuántas veces te comí,  
sin cocerte ni salarte,  
¡desdichada de mí!».

La prometida entró nuevamente en el aposento y dijo:

— Ya sé lo que le dije a la mata de ortigas —y repitió las palabras que acababa de oír.

— Pero, ¿qué dijiste al peldaño de la iglesia, al subir la escalinata?  
—preguntó el príncipe.

— ¿Al peldaño? —replicó ella—. Yo no hablo a los peldaños.

— Entonces, tú no eres la novia verdadera.

Repitió ella:

«Preguntaré a mi criada,  
que de todo está enterada».

Y, saliendo rápidamente, increpó de nuevo a la doncella:

— Desvergonzada, ¿qué le dijiste al peldaño de la iglesia?

— Sólo esto:

«Escalón del templo, no te rompas,  
yo no soy la novia verdadera».

— ¡Esto va a costarte la vida! —gritó la novia, y, corriendo a la habitación, manifestó:

— Ya sé lo que le dije al escalón —y repitió las palabras.

— Pero, ¿qué le dijiste a la puerta de la iglesia?

— ¿A la puerta de la iglesia? —replicó ella—. Yo no hablo con las puertas de las iglesias.

— Entonces tú no eres la novia verdadera.

Salió ella y preguntó furiosa a la doncella Maleen:

— Desvergonzada, ¿qué dijiste a la puerta de la iglesia?

— Sólo esto:

«Puerta del templo, no te quiebres,  
yo no soy la novia verdadera».

— ¡Lo pagarás con la cabeza! —exclamó la novia, fuera de sí por la rabia;  
y, corriendo al aposento, dijo:

— Ya sé lo que dije a la puerta de la iglesia —y repitió las palabras de la  
princesa.

— Pero, ¿dónde tienes la alhaja que te di en la puerta de la iglesia?

— ¿Qué alhaja? —preguntó ella—. No me diste ninguna.

— Yo mismo te la puse en el cuello; si no lo sabes, es que no eres la novia  
verdadera.

Apartóle el velo del rostro y al ver su extrema fealdad, retrocediendo  
asustado exclamó:

— ¿Cómo has venido aquí? ¿Quién eres?

— Soy tu prometida, y he tenido miedo de que la gente se burlase de mí si  
me presentaba en público, y mandé a la fregona que se pusiera mis  
vestidos y fuese a la iglesia en mi lugar.

— ¿Y dónde está esa muchacha? —dijo él—. Quiero verla. ¡Ve a buscarla!

Salió ella y dijo a los criados que la fregona era una embustera, y les dio  
orden de que la bajasen al patio y le cortasen la cabeza. Sujetáronla los  
criados, y ya se disponían a llevársela, cuando ella prorrumpió en gritos de  
auxilio, y el príncipe, oyéndolos, salió de su habitación y ordenó que la  
dejasen en libertad. Trajeron luces, y el príncipe vio que llevaba en el  
cuello el collar que le había dado en la puerta de la iglesia.

— Tú eres la auténtica novia —exclamó—, la que estuviste conmigo en la  
iglesia. Ven a mi cuarto.

Y, cuando estuvieron solos, le dijo:

— En la entrada de la iglesia pronunciaste el nombre de la doncella Maleen, que fue mi amada y prometida. Si lo creyera posible, diría que la tengo ante mí, pues tú te pareces a ella en todo.

Respondió ella:

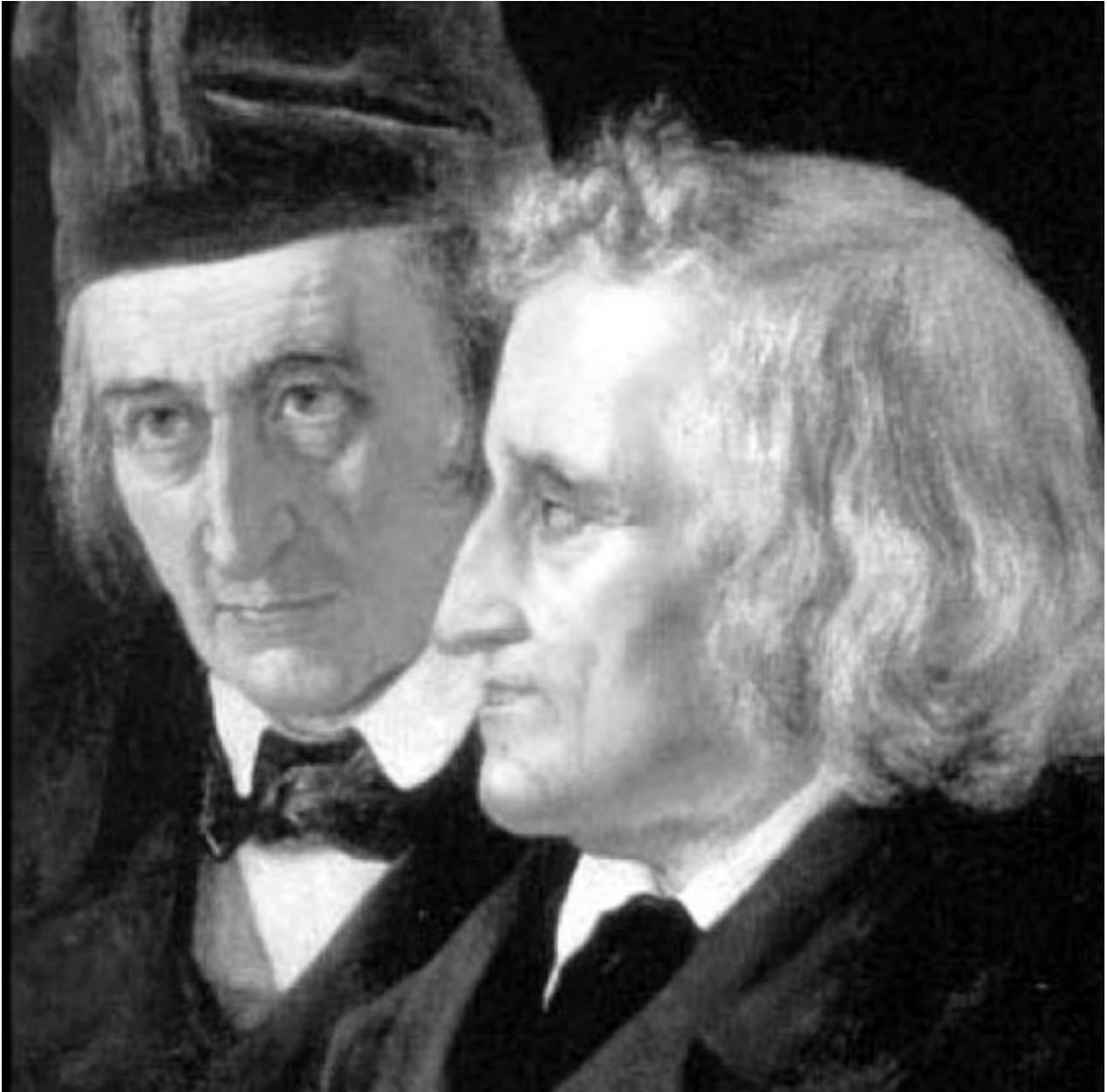
— Yo soy la doncella Maleen, que por ti vivió siete años encerrada en una mazmorra tenebrosa; por ti he sufrido hambre y sed, y he vivido hasta ahora pobre y miserable; pero hoy vuelve a brillar el sol para mí. Contigo me han unido en la iglesia, y soy tu legítima esposa.

Y se besaron y fueron ya felices todo el resto de su vida. La falsa novia fue decapitada en castigo de su maldad.

La torre que había servido de prisión a la doncella Maleen permaneció en pie mucho tiempo todavía, y, cuando los niños pasaban por delante de ella, cantaban:

«Cling, clang, corre.  
¿Quién hay en esa torre?  
Pues hay una princesa  
encerrada y presa.  
No ceden sus muros,  
recios son y duros.  
Juanillo colorado,  
no me has alcanzado».

## Hermanos Grimm



Los Hermanos Grimm es el nombre usado para referirse a los escritores Jacob Grimm (4 de enero de 1785, Hanau (Alemania) - Berlín, 20 de septiembre de 1863) y Wilhelm Grimm (24 de febrero de 1786, Hanau - 16 de diciembre de 1859, Berlín). Fueron dos hermanos alemanes célebres por sus cuentos para niños y también por su Diccionario alemán, las Leyendas alemanas, la Gramática alemana, la Mitología alemana y los Cuentos de la infancia y del hogar (1812-1815), lo que les ha valido ser reconocidos como fundadores de la filología alemana. La ley de Grimm

(1822) recibe su nombre de Jacob Grimm.

Jacob Grimm (1785-1863) y su hermano Wilhelm (1786-1859) nacieron en la localidad alemana de Hanau (en Hesse). Criados en el seno de una familia de la burguesía intelectual alemana, los tres hermanos Grimm (ya que fueron tres, en realidad; el tercero, Ludwig, fue pintor y grabador) no tardaron en hacerse notar por sus talentos: tenacidad, rigor y curiosidad en Jacob, dotes artísticas y urbanidad en Wilhelm. A los 20 años de edad, Jacob trabajaba como bibliotecario y Wilhelm como secretario de la biblioteca. Antes de llegar a los 30 años, habían logrado sobresalir gracias a sus publicaciones.

Fueron profesores universitarios en Kassel (1829 y 1839 respectivamente). Siendo profesores de la Universidad de Gotinga, los despidieron en 1837 por protestar contra el rey Ernesto Augusto I de Hannover. Al año siguiente fueron invitados por Federico Guillermo IV de Prusia a Berlín, donde ejercieron como profesores en la Universidad Humboldt. Tras las Revoluciones de 1848, Jacob fue miembro del Parlamento de Fráncfort.

La labor de los hermanos Grimm no se limitó a recopilar historias, sino que se extendió también a la docencia y la investigación lingüística, especialmente de la gramática comparada y la lingüística histórica. Sus estudios de la lengua alemana son piezas importantes del posterior desarrollo del estudio lingüístico (como la Ley de Grimm), aunque sus teorías sobre el origen divino del lenguaje fueron rápidamente desechadas.

Los textos se fueron adornando y, a veces, censurando de edición en edición debido a su extrema dureza. Los Grimm se defendían de las críticas argumentando que sus cuentos no estaban dirigidos a los niños. Pero, para satisfacer las exigencias del público burgués, tuvieron que cambiar varios detalles de los originales. Por ejemplo, la madre de Hansel y Gretel pasó a ser una madrastra, porque el hecho de abandonar a los niños en el bosque (cuyo significado simbólico no se reconoció) no coincidía con la imagen tradicional de la madre de la época. También hubo que cambiar o, mejor dicho, omitir alusiones sexuales explícitas.

Los autores recogieron algunos cuentos franceses gracias a Dorothea Viehmann y a las familias Hassenflug y Wild (una hija de los Wild se convertiría después en la esposa de Wilhelm). Pero para escribir un libro de cuentos verdaderamente alemán, aquellos cuentos que llegaron de

Francia a los países de habla alemana, como *El gato con botas* o *Barba Azul*, tuvieron que eliminarse de las ediciones posteriores.

En 1812, los hermanos Grimm editaron el primer tomo de *Cuentos para la infancia y el hogar*, en el cual publicaban su recopilación de cuentos, al que siguió en 1814 su segundo tomo. Una tercera edición apareció en 1837 y la última edición supervisada por ellos, en 1857. Las primeras colecciones se vendieron modestamente en Alemania, al principio apenas unos cientos de ejemplares al año. Las primeras ediciones no estaban dirigidas a un público infantil; en un principio los hermanos Grimm rehusaron utilizar ilustraciones en sus libros y preferían las notas eruditas a pie de página, que ocupaban casi tanto espacio como los cuentos mismos. En sus inicios nunca se consideraron escritores para niños sino folcloristas patrióticos. Alemania en la época de los hermanos Grimm había sido invadida por los ejércitos de Napoleón, y el nuevo gobierno pretendía suprimir la cultura local del viejo régimen de feudos y principados de la Alemania de principios del siglo XIX.

Sería a partir de 1825 cuando alcanzarían mayores ventas, al conseguir la publicación de la *Kleine Ausgabe* (Pequeña Edición) de 50 relatos con ilustraciones fantásticas de su hermano Ludwig. Esta era una edición condensada destinada para lectores infantiles. Entre 1825 y 1858 se publicarían diez ediciones de esta Pequeña Edición.